

## CONDICIONES DE SUSCRICION.

Precio: DOS pesetas al mes en toda España.  
Desde provincias pueden hacerse las suscripciones:  
Por medio de carta certificada, incluyendo sellos de correos.

Remitiendo una libranza del Giro Mútuo a la orden del Administrador de El Rhin.

No hay periodos determinados del que deben partir las suscripciones; estas se admiten empezando cualquier día del mes.

# El Rhin.

DIARIO DE LA GUERRA.

Madrid 4 de Agosto de 1870.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Administración: Preciados, 48.  
En las principales librerías de Madrid y de provincias.  
La correspondencia debe dirigirse al Administrador de El Rhin, Preciados 48.

Todos los suscritores tienen derecho a dirigir a la redacción preguntas relativas a la guerra, que se les contestarán en la sección destinada a este objeto.

## PANORAMA DE LA ACCION DE SAARBRUCK.

Llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores sobre el PANORAMA que en el Album acompañamos, del punto donde ha tenido lugar el primer hecho de armas, y en general del sitio donde están acampados el primer cuerpo de ejército francés y las avanzadas prusianas.

## REVISTA POLITICA DEL DIA.

El despacho que nos anunció ayer el telégrafo dándonos cuenta de un encuentro en Saarbruck, no creemos tenga la importancia que algunos le atribuyen: más bien parece confirmar la opinión que en otro lugar insertamos de que el plan de los generales del rey Guillermo consiste en irse retirando hacia el Rhin, para atraer a los franceses al terreno accidentado comprendido entre este río y el Mosela.

El mismo secreto que se impuso a la prensa francesa sobre los movimientos de tropas, se ha guardado también rigurosamente con respecto a las fuerzas marítimas. La escuadra de Argelia, mandada por el almirante Bonet, que se creía en dirección a las costas de Francia, ha pasado el estrecho de Gibraltar y el de la Mancha en dirección al Báltico, donde confluyen simultáneamente casi todas las fuerzas navales de Francia. Una de sus divisiones acaba de llegar a Jutlandia (véase el Boletín Teleográfico). Esta prisa se explica perfectamente, teniendo en cuenta que ya a fines de Setiembre, los hielos suelen obstruir la navegación del Báltico.

Cada una de estas divisiones navales escolta un convoy de tropas, procedentes de diversos puntos de las costas francesas y argelinas, y para cuyo transporte la compañía de las Mensajerías Imperiales ha puesto a disposición del gobierno francés unos 70 vapores de 2.000 toneladas próximamente, habiendo sido secuestrados con el mismo objeto muchos buques en todos los principales puertos de Francia.

Aumenta todos los días el sentimiento de disgusto que en Prusia existe contra Inglaterra, acusada por aquella potencia de violar la neutralidad. A las quejas producidas por la libre exportación de carbon, se agrega la protección dispensada por el ministro inglés en Munich al canciller de la legación de Francia. Estas quejas explican el telegrama de que dimos cuenta el otro día, dirigido a los Estados Unidos, recordando la conducta de Inglaterra en la cuestión del Alabama; pero a nuestro modo de ver no lo disculpan.

El telégrafo anuncia con bastante retraso la llegada del duque de Cadore a Copenhague. Podemos añadir que de allí pasará a Stockholm. Su misión diplomática se relaciona con las condiciones especiales de la neutralidad danesa y sueco-noruega. Una misión análoga lleva a Viena el conde Wimercati.

Las revelaciones del conde de Bismarck no pueden menos de ser, a nuestro juicio, un obstáculo insuperable a la proyectada alianza franco-austro-italiana, ya bastante difícil de realizar, según lo que manifestamos en nuestra revista de ayer.

Habiendo demostrado la experiencia la buena fe con que Víctor Manuel firmó los tratados de 1864, se concibe fácilmente que el emperador Napoleón no haya dado la orden definitiva para la retirada de las tropas francesas de Roma, sino después de haber concluido con el gabinete de Florencia esti-

pulaciones adicionales, exigiendo nuevas garantías para la seguridad de la frontera pontificia. Estas negociaciones debieron quedar definitivamente terminadas el domingo, pero los primeros buques trasportes no llegarán a Civita-Vecchia hasta el 5 por la mañana. Las noticias que se dieron en contrario fueron prematuras.

## POST-SCRIPTUM.

Parece, según noticias que acabamos de recibir, que se ha firmado ya el tratado de alianza entre Francia e Italia, añadiendo que el general Cialdini se encargará del mando en jefe de las tropas italianas. Se ignoran las bases y no se dice si Austria lo firmará también, con lo que nos sorprendería mucho.

Inglaterra es, ha sido y será un eterno misterio para los políticos de momento que tanto abundan en las regiones meridionales. En lo que va de siglo, dos veces tan solo la conducta del gobierno británico ha sido clara y definida para los partidarios de la diplomacia del entusiasmo; en las guerras del primer imperio y en la cuestión de Oriente de 1854, Inglaterra dejó de ser un geroglífico indecifrable para muchos.

El criterio eminentemente práctico que caracteriza al pueblo inglés, asombra y aturulla a las impresionables naturalezas de nuestro país, que no pueden comprender que exista un gabinete que prefiera la exportación de un género cualquiera a todas las cuestiones de honra nacional.

Un escritor francés ha dicho que el orgullo de Inglaterra estaba en sus cargamentos de carbon; pero difícil, muy difícil, le sería decirnos en dónde está el orgullo nacional de ciertos Estados que por hacer extensiva a muchos hechos y cosas esta cualidad moral, de que tanto blasonan, acaban por atacar el derecho de gentes, habiendo empezado por envolverse en el ridículo.

El entusiasmo es una luz que nos deslumbra, y al intentar escudriñar con su ayuda el laberinto imaginario de la política inglesa, laberinto que es sencillamente el sentido común elevado a sistema, ciega, y no permite ver el terreno que se está pisando. Este es un hecho que degenera en monótono de puro repetido.

La cuestión dinamarquesa, las guerras de Italia y la lucha entre Austria y Prusia, han sido una sucesión no interrumpida de misterios para los entusiastas diplomáticos que olvidan un 2 de Diciembre por un Sebastopol, un Solferino por un Querétaro, y sintiendo siempre inmensa hambre de gloria, arrojan el gorro frigio a los pies de los ejércitos de Austerlitz.

Lejos de nosotros el considerarnos con suficiencia para colocar nuestro criterio sobre el criterio común; pero imparciales ante todo, no sabemos ni podemos acusar de engaño a la nación neutral que aprovecha una guerra en beneficio de su producción y de industria.

La conducta de Inglaterra obedece a un principio claro e inmutable: la conveniencia de Inglaterra, este pueblo modelo que hizo una revolución para sí y supo regenerar en una batalla el viejo mundo, que adornado con sus restos de feudalismo, languidecía y se ahogaba entre los brazos del gigante corso, este pueblo, decimos, tiene sus ejércitos en sus comerciantes y su opinión en la cotización de su bolsa.

Las simpatías de la antigua Albion son para la raza germana; sus intereses no están ligados con los intereses de nadie; por

eso su gabinete se ha mostrado favorable a la Prusia y ha permitido la exportación de carbon que favorece a la Francia.

En una palabra, el gabinete británico se sintió con fuerza para poder demostrar simpatías y lo hizo; le conviene comerciar y enriquecerse; y lo hace.

## REVISTA DE LA PRENSA.

La Igualdad publica un mapa del teatro de la guerra con la descripción geográfica, estadística e historia de la Prusia. Las simpatías de nuestro colega, así como la de todos sus correligionarios españoles, favorecen el engrandecimiento de Alemania y el predominio de su política y de su interés en Europa.

Los republicanos, fieles a su partido, desean ante todo la caída del imperio, porque Napoleón es un valladar casi insuperable al establecimiento de la república. Vencido aquel en los campos de batalla, cree la Igualdad que se realizarán sus deseos y aspiraciones.

Las Necesidades, que examina la guerra bajo el punto de vista militar, presenta las dos afirmaciones siguientes:

«No hay vuelta que darle al asunto. El campo de las grandes batallas decisivas es, como lo manifestamos repetidas veces, el Rhin central: el pretexto de la guerra, las tradiciones, la historia de la guerra, la estrategia y hasta la sana razón así lo indican, y los mismos reconocimientos y últimas escaramuzas corroboran esta opinión.»

En cuanto a la posición de los dos ejércitos contrarios, esta no ha cambiado en nada. Saarbruck, si bien es posición importante, nada desdeñada, no pueden recuperar los prusianos sin grandes esfuerzos. Esta acción es, sin embargo, preliminar, algo adelantado de una batalla de mayores dimensiones que tal vez se habrá librado ya.

El Puente de Alcolea acienta hoy más su opinión favorable a Francia. Ante el peligro de una guerra europea, nuestro colega consigna estas breves pero significativas palabras:

«Frente a frente las dos razas en esa triste conflagración, no es aventurado fijar nuestro puesto al lado de nuestros hermanos (se refiere a los pueblos de la raza latina), con quienes nos ligan tan sagrados intereses.»

Es de advertir que El Puente de Alcolea, si bien es partidario de la candidatura Montpelier, sus opiniones son francamente democráticas, ocupando un punto de peligro al lado de la revolución.

Los demás periódicos se limitan a dar noticias curiosas y detalles importantes relativos a los dos ejércitos.

Creyendo que nos la agradecerán nuestros lectores, copiamos de nuestro apreciable colega Las Provincias, de Valencia, la siguiente carta, que recomendamos por sí misma:

«Nace 25 de Julio de 1870.

Sr. Director de Las Provincias:

Muy señor mío y de toda mi consideración: No me conoce V. ni sabe quién soy; yo sé lo diré soy el correspondiente de Las Provincias en el teatro de la guerra. ¿Se sorprende V.? Aguárde un momento y se lo explicaré todo.

Soy uno de esos españoles, no siempre contentos de su patria, que apenas llega el mes de Julio no pueden respirar aquecido el Pirineo, y van a buscar las presiones de verano en los sitios de aguas y demás puntos de grata reunión. Ogaño tenía dispuesto un viaje por el bueno y viejo Rhin—donde el Rhin—que realizaría después de pasar una temporada en Baden, gozando de las delicias de la convalecencia, presenciando las corridas de Iffentheim, comprando ramilletes a las montañesas de la célebre Forêt-Noire, y aventurando quizás algunas dolencias a la tentadora roulette. Mas ¡ay! el hombre propone y el Dios de los ejércitos dispone. Vino la guerra, y trastornó mis halagüeños planes. Pero, como tengo algo de testarudo, no he podido rechazar la idea de recorrer el Rhin, y como ya lo he visto otras veces, revestido de las idílicas galas de la paz, me he dicho a mí mismo que no sería malo, para quien se precia de turista, seguir, de más o menos cerca, a los beligerantes, y ver el gran río tinto en sangre, no por la tinta de la guerra, sino por la de la paz.

Pensando y haciendo me embarqué en la monumental estación del ferro-carril de Estrasburgo, en París, y apenas instalado en mi departamento, tope con un paisano, un español, casi un amigo, pues,

quién no conoce y aprecia en Madrid a Nilo María Fabra, el activo e incansable director de la Agencia telegráfica? Contóme que iba a Alemania con objeto de combinar el servicio de telegrafistas y correspondientes para los periódicos a quienes sirvo, y apenas supo que iba a ver la guerra como simple curioso, exclamó: «Vas uno de los hombres que necesito. Naturalmente, escribiré V. lo que vea. No presumo de escritor, ni lo tengo por oficio, lo dije, pero para recreo mío, algo apuntaré en mi cartera. — Pues bien; esos apuntes los haré yo publicar en un periódico, y estese V. convertido en correspondiente, carácter que le conviene a V. adquirir, para que a lo mejor del viaje, no se vea detenido y quizás sujeto a un consejo de guerra como espía. Realístalo; pero este argumento me había hecho alguna fuerza, y como el buen Fabra insistió con esa tenacidad catalana, velada por la esquisita amabilidad madrileña, que forman su carácter, cedí al fin. Escribiré, le dije, pero con la condición de que si nada me comprometo. Diré lo que vea, y nada más de lo que vea; lo que sienta y nada más de lo que sienta. Escribiré poco o mucho, frecuentemente o no, según el tiempo, el humor, la facilidad de hacerlo o sus inconvenientes. Sobre todo, no sujetaré mi opinión a un juicio preconcebido. — Admitidas todas las condiciones, queda V. nombrado cronista de la guerra.»

Poco después nos separamos, pero Fabra me dijo de no ser posible penetrar en Alemania por la frontera francesa; el Sr. Fabra dejaba la línea del Oeste para buscar por Reims el empalme con los ferro-carriles belgas, y yo seguí hacia el teatro de la guerra. Al despedirme exclamé: «una cosa se nos olvidaba; ¡la que periódico le he dirigido mis cartas! — A Las Provincias de Valencia, contestó, haciéndome elogios de la publicación de V., que omitió, señor director, porque no tengo la costumbre de ser galante más que con las damas, sobre todo si son bóticas.»

Aquí está explicado el motivo de esta carta; si lo tiene V. a bien le escribiré a V., dudo que mis correspondientes sean muy interesantes; pero supondré que serán verdicos. No crea V. que su correspondencia estará en la primera línea del combate; ni me sería permitido, por lo que me dicen sucede con otros, ni soy tan belicista. Seguiré a la retaguardia del ejército, mientras no ofrezca graves peligros, pues si tengo algún respeto a las ametralladoras, aun me infundo más temor el cólera, el tifus y demás secuelas de las campañas prolongadas. Mientras pueda combinar las emociones de la guerra con los placeres del viajero, me tentará V. póngase en riesgo: a la primera contrariedad seria, abandono el cargo de correspondiente, a no ser que antes me deje V. cesante, negándose a publicar mis manifiestas cartas.

A la verdad, este cargo, aun con la holgura con que yo acepto sus compromisos, ofrece sus dificultades. Hoy mismo me tiene detenido en esta antigua capital de la Lorena, — en donde se está preparando el alojamiento del emperador, que parece establecerá aquí su cuartel general, — pensando y meditando a qué punto de la frontera me conviene dirigirme. Siguiendo mi camino hacia el Este, por el mismo ferro-carril, llego hasta el Rhin, en Strasburgo, desde donde podré contemplar la tierra alemana. Dirigiéndome al Norte, siguiendo las orillas del Mosela, cuyas aguas, bastante bajas por la estación y la sequía excepcional de este año, resplandecen entre los verdes campos de la Lorena, voy a Metz, y estoy en disposición de dirigirme al punto de la abierta frontera de la Baviera y la Prusia alemana, por donde es posible que empiece el ataque. Como acertar? Quién lo sabe! El Rhin me atrae, y me inclino por ende al viaje de Strasburgo. Allí aguardaré los acontecimientos. Además, me dicen en el hotel, donde no se habla más que de la guerra, que el mariscal Mac-Mahon, el que ha de mandar la división invasora, pasó ayer en tren especial en dirección a Strasburgo. Vamos, pues, a las puertas de la Alsacia, tan poéticas y tan románticas de ordinario, que parece que en ellas se vea aún a los bergueses, según la frase de Góngora.

Hasta mañana, pues, que escribiré a V. desde Strasburgo ad nuevo colaborador.

La abundancia de materiales nos ha impedido estos días dar cuenta en nuestro periódico a dos notables artículos de La Juventud de Dehais, inspirados, el uno por David y el otro por John Lemoine.

No queremos, en embargo, dejar pasar más tiempo, por creer de la mayor importancia dejar sentado desde luego, como opinaban los pensadores del vecino imperio, sobre la guerra, y sobre el incidente del prin-

cipe Leopoldo, que sirvió de pretexto á su declaración.

Hélos aquí:

Si es posible dar crédito á un telegrama de la Agencia Havas, á consecuencia de la comunicación de la renuncia del príncipe Leopoldo, hecha oficialmente al gobierno francés por el gobierno español, M. Benedetti hubiera persuadido al rey de Prusia á comprometerse á no autorizar más á aquel príncipe á aceptar la corona de España, si se arrepentía de su última resolución; mas habiendo rehusado el rey (Guillermo) recibir á nuestro embajador para tratar esta nueva cuestión, le notificó por uno de sus ayudantes que nada más tenía que comunicarle.

Nos es bastante difícil creer que el representante de Francia cerca de la corte de Prusia, haya podido promover el incidente de que se trata; pero la historia nos ha demostrado diferentes veces que los telegramas no son siempre palabras del Evangelio.

Nos parecía, y creíamos estar de acuerdo en este punto con la opinión pública, que una vez retirada completamente y oficialmente la candidatura que había excitado la susceptibilidad de la Francia, la causa del conflicto hubiese desaparecido. El jefe del gabinete estaba en lo lógico al anunciar al otro día oficialmente á los diputados que se agitando á su alrededor en la sala de los Pasos Perdidos, que la renuncia del príncipe lo terminaba todo, siendo de paz su legítima consecuencia, y lejos de reproducir esta comunicación, la opinión pública se hubiera quedado reconocida. Si al presente el partido de la guerra, compuesto de la coalición en minoría, de la extrema derecha y de la extrema izquierda, pretende atizar un fuego que se apagaba falta de alimento, y excitar con frases grandilocuentes y sonoras declamaciones las pasiones populares, el gobierno tiene el grave deber de no dejarse conmover por ese vano clamoreo, buscando el medio de satisfacer la verdadera opinión pública que quiere como él la paz con honra, pero que ve nuestro honor plenamente satisfecho desde el momento que se le sacrifica el candidato declarado por nosotros inaceptable.

Y si hay poderes extranjeros que esperan aprovecharse de nuestros disturbios con la Prusia, ora para vengar rancias querellas con la potencia que ha conquistado el primer puesto en la Alemania, ora para pescar, como suele decirse, á río revuelto, y realzar, mientras que el Occidente esté en guerra, conquistas que no les dejaríamos llevar á cabo tranquilamente en tiempos normales, ¿no sería una locura por nuestra parte ayudar á sus intentos y proporcionarles, á costa de nuestra sangre y de nuestro oro, el placer de satisfacer sus antiguos rencores, ó bien sus eternas ambiciones? ¿No sería más prudente que desconfiésemos del ruido que promueven sus periódicos, en vez de considerarnos obligados á partir á la guerra, el día en que les plazca impulsarnos á tomar las armas?

Inglaterra, que es más desinteresada en la cuestión, se felicitaba ayer altamente al recibir las noticias que hacían presentir un desenlace pacífico en la cuestión pendiente; y aquel pueblo ha experimentado por ello, según un telegrama, un sentimiento satisfactorio. Pero lo que nadie podía prever era una reacción de la actitud pacífica que triunfaba en este momento en París.

«La Francia, dice esta mañana *El Times*, ha probado suficientemente que no sufre un insulto.» En cuanto á los partidarios de la paz, que desean, sin embargo, la guerra en este momento por la fútil razón de que las prevenciones que animan á Prusia y á Francia, deben forzosamente conducirnos, más ó menos tarde, á la lucha, y que por lo tanto valdría más acabar de una vez, no podemos hacer otra cosa que excitarlos á recordar la animosidad que reinaba en otro tiempo entre nosotros contra Inglaterra.

¿No parecía también, hace veinticinco años, ser inevitable la guerra entre las dos naciones? Si se hubiese querido entonces escuchar los folletos, no hubiera ensangrentado y arruinado á ambos países una lucha tan absurda como terrible? Y no obstante vemos que el buen sentido la ha economizado. Cada vez que se ha suscitado una dificultad, se ha procurado resolverla, y de esta manera, hemos venido á reconciliarnos con la *petite Albion*, á tal grado, que en el día no existe en Francia una persona que pretenda volver á encender aquellos antiguos odios, tanto es el convencimiento general de que están completamente extinguidos, y que al lanzar *Alpicas* contra nuestros vecinos de ultra-Mancha, en vez de adquirir una popularidad fácil, como otras veces, se caería en el mayor ridículo.

Adoptemos, pues, esta excelente política, y los odios de ahora se apaciguarán y se borrarán cual se disiparon los de antes. El apaciguamiento sería en esta ocasión una más fácil, porque si la Francia fué vencida bajo el primer imperio en su duelo contra Europa, consistió sin duda, en la implacable obstinación del pueblo inglés, que contribuyó más que ninguno á nuestra derrota. En 1806, no fuimos nosotros los vencedores de Sadowa, sino el Austria. Y por último, recordaremos á los que abriga sinceras convicciones para desear la guerra por amor á la paz y como medio de llegar á un desenlace cualquiera, que calme, «cuestelo que cueste» sus incertidumbres, que no se resuelven las cuestiones difíciles con ardorosas impacencias, sino más bien con la reflexión y la serenidad, que la guerra no engendra la paz, sino más bien la guerra, y que la única manera de asegurar una paz durable, es *saber conservar*.

El secretario de la redacción, P. David.—Por la traducción N.

Es posible, aunque no lo aseguramos, que las declaraciones del gobierno calmen el espíritu público de París, pero la efervescencia que tan inútil y torpemente se ha excitado entre nosotros, ha tomado ya demasiado vuelo y amenaza apoderarse de todos los países. Aun cuando se hicieran hoy declaraciones de paz, las declaraciones de guerra llevarían la ventaja de la anterioridad y sería necesario que pasase algún tiempo para que perdiesen su gran importancia.

Este es el motivo de que todas las noticias de los diferentes puntos de Europa presenten hoy, y presentarán aun por algún tiempo, un aspecto nada satisfactorio para los que desean la paz, y para los que son de opinión de que la guerra no ha tenido razón de ser. Diferentes telegramas, desposeídos de todo carácter de autoridad, habían comunicado que el gobierno inglés se mostraba acérrimo partidario de la candidatura del príncipe Leopoldo. Nosotros no lo creíamos jamás, y el gobierno inglés, se ha desahogado completamente de esta imputación en la Cámara de los Comunes. Además, en la de los Lores, el nuevo ministro de Negocios extranjeros, lord Granville, ha declarado que la candidatura Hohenzollern había sido para él y para todo el mundo una sorpresa. Tanto es así, que al tomar posesión de su cartera, el secretario general de su departamento, le había dicho que, durante su larga práctica en la carrera nunca había visto un período en que hubiese tan completa ausencia de negocios políticos. Lord Granville, con ferenció con M. de Lavalette; al paso que tomaba nota de las razones de descontento que creía deber demostrar el gobierno francés, y no pudo menos de manifestar á su vez, el sentimiento de que se hubiese usado en su origen, un lenguaje tan enérgico.

No obstante, está fuera de duda que el gobierno inglés ha practicado las más activas diligencias para llegar á una conciliación; pero el gobierno inglés no está interesado en esta negociación sino de una manera muy indirecta, al paso que España, que no preaviso resultado tan funesto, extraña el motivo de hacer reanar sobre ella nuestros resentimientos, recorrimosla de lo que no tiene responsabilidad.

Si nosotros debíamos, más ó menos tarde, tener la guerra con Prusia, procederíamos con sobrada ligereza, al alienarnos á un pueblo que entraña naturalmente en la órbita de nuestras alianzas, y en cuyo ánimo no es otra cosa más que vivir en buena inteligencia con nosotros. Prueba de ello que al seguir con minuciosa atención el movimiento del espíritu público en España, no hemos podido ver otra cosa que un pueblo que no sabe darse cuenta de resentimientos que no ha provocado. Los españoles conocen bien que han servido sus asuntos de pretexto, y no pueden de ningún modo conformarse y les pedimos perdón, por la palabra, que es de circunstancias, á servir de pretexto. Después de todo, ¿estuvieron ellos en Sadowa? La revolución española puede decir: «¿De qué me culpas, cuando yo aun no había nacido?»

Un periódico de Madrid, que es el órgano principal del gobierno, acaba de publicar un manifiesto que tiene todas las apariencias oficiales, y que en prueba de nuestros asertos, podemos resumir como sigue: «España quiere salir del estado provisional que toda la Europa la reprocha, tema obligado y perpetuo de acusación contra su gobierno.»

El secreto de las negociaciones era indispensable, porque el amor propio, la dignidad de la nación, estaban interesados en no exponerse á un nuevo desaire cerca de aquellos que habían hecho de España la irritación de Europa y no se quería presentar candidato, sino hasta tanto que se estuviera en la seguridad de su asentimiento. Además, la España no se ocupa más que de sus propios negocios, y con ellos tiene bastante, no teniendo nada que ver con los de Europa. Si surge una guerra entre la Francia y la Prusia, será por razones francesas y prusianas, que no por españolas. En esta lucha, España permanecerá completamente neutral. España no pide más que constituirse tranquila y libremente y si se le impulsa, arbitrariamente á los extremos, entonces se verá obligada á salir de la reserva que há dos años guarda con respecto á Europa, y á levantar una bandera que podría ser la señal de la general conflagración.

Tal es el lenguaje de España. Este lenguaje no tiene nada de prusiano; nosotros no creemos que Prusia haga propaganda republicana. La candidatura del príncipe Hohenzollern-Sigmaringen, no es la más apropiada para conmover las masas; este nombre desconocido é impronunciable para meridionales no está por cierto destinado á una gran popularidad.

Hoy día no goza otra que la que nosotros le hemos dado con nuestras intempestivas declaraciones, y cada vez es más difícil que se apodere de la política, que nos guía.

Cuando se trató de la elección de un príncipe para gobernar los Principados danubianos, se improvisó otro príncipe de Hohenzollern, al que se le hizo el presente de esta *semi-corona*, colocada sobre un plato. Aquella vez fué el rey de Prusia el que interpuso su veto para la aceptación en presencia de las protestas de las principales potencias. ¿Cuál fué la nación que se interesó por el príncipe alemán? La Francia. ¿Por qué medios y con qué recursos el soberano actual de la Rumania pudo hacer su evasión é irse con un saco de noche á tomar posesión de su silla? La crónica podría narrarlo. En aquel tiempo se hizo valer que era pariente de los Zeuchenberg, pariente de los Resuharnais, pariente de los Murat;

nada prusiano. Y hé aquí que hoy el rey de Prusia es el que da su consentimiento, la Francia es la que interpone su veto; los dos candidatos son hermanos. Verdaderamente si la candidatura del príncipe Leopoldo es un insulto para Francia, España tenía el derecho de saberlo de antemano.—*John Lemoine.* *Journal des Debats*, 15 de Julio.

Reproducimos á continuación un notable artículo publicado por M. Laboulaye en el *Journal des Debats*, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores:

«Cuando dos grandes naciones que disponen de todos los recursos de la civilización, están próximas á llegar á las manos, y Europa contempla ese terrible espectáculo, puede parecer pueril preguntarse si la guerra es menos cruel que las anteriores. Sin embargo, es así. Para convencerse, basta recordar lo que eran las marítimas en tiempo de la República ó del imperio y comparar estos recuerdos con los principios proclamados en la Nota que publicó el *Journal officiel* el 25 de Julio. Los medios de destrucción se han multiplicado; el choque de los dos ejércitos será espantoso, pero entre los dos pueblos la guerra será menos horrorosa; la humanidad ha dado á conocer sus derechos.

Antiguamente, aunque la guerra no estuviera declarada, era ley apoderarse de los buques enemigos que, bajo la fé de los tratados se encontraban en los puertos. El embargo era considerado como una medida legítima, y una vez rotas las hostilidades, se juzgaba al navío secuestrado según las leyes de la guerra, es decir, se confiscaba. Con bastante lentitud la opinión pública ha protestado contra el embargo de los buques mercantes y de los cargamentos que pertenecen á los ciudadanos pacíficos del Estado enemigo. En 1854, cuando la guerra de Crimea, Francia é Inglaterra concedieron á los buques de comercio un plazo de seis semanas para ponerse en seguridad junto con sus mercancías. Esta noble conducta se ha convertido en ley: hoy vemos que la Francia y la Prusia han dado el mismo plazo de salvación á los buques mercantes, que, con pabellon enemigo, se encuentran en sus puertos ó que lleguen en ellos sin tener conocimiento de la declaración de la guerra. Es una gran conquista del derecho de los ciudadanos.

Los derechos de los neutrales, violados de un modo tan extraño por Inglaterra durante el último siglo y al principio del presente, han sido reconocidos en el Congreso de París en 1856. Hoy es un principio admitido universalmente, que la alta mar no pertenece á nadie, y que el navío es considerado como una parte flotante del territorio. Un buque americano solo es un almacén ó dock americano, nadie puede atacarlo si no ha declarado la guerra á los Estados Unidos. De aquí nace la siguiente máxima, *el pabellon neutral protege la mercancía enemiga*. Unicamente se exceptúa el contrabando de guerra, porque en semejante caso, el capitán del buque neutral presta socorro al enemigo.

El Congreso de París ha querido adelantar más: ha decidido que nadie puede apoderarse de la mercancía neutral, aunque esté bajo pabellon enemigo. Es justo. Nosotros estamos en guerra con Rusia, pero no con el Brasil ó con Italia. ¿Con qué derecho, aunque fuese en un buque prusiano, nos apoderaríamos de los cafés ó aceites que pertenecen á un comerciante brasileño ó italiano? A la nota del *Journal officiel*, no le basta reconocer este principio, va más allá: declara que se respetará la propiedad de los comerciantes americanos y españoles, aunque *ni los Estados Unidos ni España* se hayan adherido á las decisiones del Congreso de París. Nunca alabaremos bastante al gobierno por haber tomado una resolución tan liberal.

El derecho del bloqueo, del que se había abusado tanto, ha sido extremadamente reducido. Antes las potencias marítimas pretendían que bastaba proclamar el bloqueo para impedir á los neutrales el comercio con la costa bloqueada. Así es, que en 1780 la Inglaterra declaró en estado de bloqueo á todo el litoral francés, y que en 1806, Napoleón, que no tenía ningún buque en el mar, incomunicó todos los puertos de Inglaterra. Por fin se han desechado estas defensas imaginarias, que no eran provechosas á los beligerantes, y que les conquistaban el odio de los neutrales. En 1854, la Francia y la Inglaterra reconocieron que los bloques, para ser obligatorios, deben ser efectivos, es decir, mantenidos por una fuerza suficiente para impedir la entrada en el litoral enemigo. Este principio, adoptado por el Congreso de París en 1856, ahora forma parte del derecho de los ciudadanos.

En fin, ese mismo Congreso, del que no se apreciaban bastante los resultados, ha hecho adelantar un paso inmenso á la civilización, decidiendo que el corso quedaba abolido para siempre. Nadie ignora lo que es el corso; los nombres Surcouf y Pablo Fomes nos son familiares. Con la sola condición de obtener un permiso, cualquier particular tenía el derecho de armar un buque y correr el mar para robar y destruir el comercio enemigo. Era la piratería legalizada. Si la frase parece dura, solo hay que recordar los recientes robos de la *Alabama*, robos que los Estados Unidos no han perdonado aun á Inglaterra, que tuvo la poca precaución de no velar de cerca los armamentos que se hacían en los puertos. La época de los corsarios ha terminado; Lincoln no quiso conceder ningún permiso, ni aun á título de represalias, y hoy no es pueblo civilizado el que no se adhiera á las palabras que el célebre Portalis, ministro de la república francesa, pronunció el año VIII en el Con-

sejo de las presas: «Entre dos ó varias naciones ligerantes, los particulares de que se componen naciones, solo son enemigos indirectamente; son como hombres ni aun como ciudadanos, únicamente como soldados.» Estas palabras condenan el corso, que no es una guerra entre naciones, ni entre soldados; pero si una guerra hombre á hombre, en la que nada garantiza que más simples leyes de la justicia y de la humanidad serán respetadas.

Cierto, hé aquí considerables correctivos; ¿puede se podría adelantar un poco más, y asemejar de la guerra marítima á la guerra continental, aboliendo las presas marítimas, último resto de un deruel y anticuado?

Nadie ignora que en 1856 los Estados Unidos quisieron acceder á la declaración del Congreso de París que suprimía el corso. No era porque los americanos tuviesen menos deseos que nosotros de derrocar esa detestable costumbre, pero la decisión del Congreso les pareció insuficiente, y casi peligrosa mientras se concediera á la marina militar el derecho de apoderarse de los buques mercantes. «Una potencia como la nuestra, dijeron, cuya marina mercante numerosa y que casi no tiene marina militar, está á merced de la Inglaterra el día en que el corso se aboliría y sostuviesen el derecho de presas marítimas. No podríamos armar nuestros buques de comercio conceder autorizaciones, mientras que la Inglaterra con su gran marina militar, tendría el derecho de poder de aniquilar nuestro comercio.» El argumento era especioso, y sin embargo considero como falta política el que no aceptase. La anulación del corso conducía á la de las presas marítimas, y aun más, pensando con una injusticia secular, con riesgo de destruir otra América podía aprovecharse, en el sacrificio que hubiera hecho en 1856. Esta es lección que no debemos olvidar nunca.

(Se continuará.)

Hé aquí el importante documento del conde de Bismarck:

«Habiendo MM. Gladstone y Grandville, expuesto sus deseos de que las dos potencias interesadas el proyecto del tratado de alianza manifestaran comunicaciones ulteriores al expresado proyecto telegráfico el 27 de Julio al conde de Bernstorff, como quiera que la forma telegráfica no permitía más que una corta exposición, hoy la completo y escribo.

Además del manuscrito publicado por *El Times* Francia nos ha hecho otras proposiciones. Antes la guerra de Dinamarca, varios agentes franceses oficiosos y no oficiosos han hecho tentativas cerca de mí para obtener una alianza entre Prusia y Francia, con la mira siempre de recíproco engrandecimiento.

Estos propósitos del gobierno francés solo pueden explicarse por el hecho de que los hombres de Estado del gobierno francés desconocen completamente condiciones fundamentales de la existencia de los demás pueblos.

De otra manera hubieran comprendido la imposibilidad de llevar á cabo una transacción de esta especie, con un gobierno cuya posición es una consecuencia de la completa armonía con el sentimiento nacional alemán.

Si los representantes del gobierno francés no hubieran ignorado la manera de ser de la Alemania, hubieran podido alimentar así un momento la esperanza de que Prusia aceptara el arreglo en los asuntos de Alemania con el concurso de Francia.

Antes de mi entrada en el ministerio de Negocios extranjeros, en 1867, tenía ya noticia de los esfuerzos hechos por el gobierno francés para poner en ejecución sus ávidos proyectos.

Como solo tuve noticia de estas gestiones extrínsecas, no las comunicué al departamento de negocios internacionales y me contenté con conservar en mi poder todos los documentos que podrían en su tiempo esclarecer este asunto.

La actitud de Francia en favor nuestro, en el conflicto prusiano, la irritación que experimentó seguida contra nosotros á causa del tratado de Gastein, obedecían al temor de que la consolidación de una alianza verdadera entre Prusia y Austria, les ciesen perder todos sus frutos al gabinete de París. Ya antes de 1863, Francia había contado con la explosión de una guerra entre Prusia y Austria, se acercaba á nosotros á medida que nuestras relaciones con el gabinete de Viena se iban enfriando.

Antes de la explosión de la guerra de 1863 se hicieron proposiciones por parientes del emperador, unas veces, y otras por agentes confidenciales. Estas proposiciones tenían siempre por objeto conseguir engrandecimientos recíprocos. Unas veces se trataba del Luxemburgo ó de la frontera de 1815 con Landau y Saarluis, y otras de territorios de mayor extensión, no quedando excluida la Suiza francesa y hasta la cuestión de la frontera del Piamonte, siendo en donde, según opinión de Francia, debía servir de base al idioma.

En Mayo de 1866 estas insinuaciones adquirieron la fama de una proposición en regla, por medio de una alianza ofensiva y defensiva. De este proyecto quedé en mi poder el siguiente extracto:

1.º En caso de Congreso, pedir de acuerdo la cesión del Veneto á Italia y la anexión de los ducados dinamarqueses á Prusia.

2.º Si el Congreso no produce resultados una alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Prusia.

3.º El rey de Prusia empezará las hostilidades diez días después de disolverse el Congreso.  
4.º Si el Congreso no llegara á reunirse, Prusia atacará en el término de 30 días, después de la firma del presente tratado.  
5.º El emperador de los franceses declarará la guerra á Austria tan pronto como empiecen las hostilidades entre Austria y Prusia.  
6.º No se hará separadamente la paz con Austria.  
7.º La paz se hará con las condiciones siguientes:  
A Italia el Véneto.

A Prusia los territorios alemanes que escoja hasta siete u ocho millones de súbditos; además la reforma federal en sentido prusiano.

A Francia el territorio comprendido entre el Mosela y el Rhin, sin Coblenza ni Maguncia, comprendiendo 500,000 habitantes, el palatino bávaro, y en la orilla izquierda del Rhin, Berkenfeld y Hesse-Homburgo, 213 habitantes.

Un convenio militar y marítimo entre Francia y Prusia, tan pronto como Italia diere su adhesión. La fuerza del ejército con que el emperador quería ayudarnos, según los términos del art. 5.º, estaba fijada en 300,000 hombres.

El número de habitantes de los engrandecimientos que Francia deseaba, elevábase según los cálculos franceses que no estaban de acuerdo con la cifra exacta á 1,800,000 almas.

Cualquiera que esté al corriente de la historia diplomática y militar de 1863, verá traspirar al través de las cláusulas del tratado de esta época, la política que Francia seguía al mismo tiempo respecto á Italia, con la cual negociaba también en secreto y más tarde respecto á Prusia y á Italia.

En Junio de 1866 rechazamos el proyecto de alianza antes mencionado á pesar de reiteradas y casi amenazadoras advertencias. Pero el gobierno francés contaba aun con la victoria de Austria: pensaba podernos explotar en cambio de su auxilio, después de nuestra eventual derrota; derrota que la política francesa comenzaba á preparar diplomáticamente con todos sus esfuerzos.

V. E. conoce que el Congreso de que se trataba en el proyecto de alianza y que se propuso más tarde, hubiera tenido por consecuencia poner un término á nuestra alianza con Italia, ajustada para tres meses, sin que esta alianza hubiera podido sernos útil.

V. E. sabe también cuánto trabajó Francia por medio de convenios ulteriores á Custozza para perjudicar nuestra situación y ocasionar nuestra derrota si era posible.

Las angustias patrióticas del señor Rouher son un comentario de la marcha posterior de los acontecimientos. Desde entonces Francia no dejó de tentarnos con ofrecimientos á costa de Alemania y de Bélgica. Jamás pensé que pudieran aceptarse ofrecimientos de esta naturaleza, pero creí que era útil en interés de la paz dejar á los diplomáticos franceses con sus peculiares ilusiones cuanto tiempo fuera posible, sin hacerles ni aun siquiera promesas verbales.

Presumía que la pérdida de toda esperanza para el gobierno francés comprometería la paz que tanto interesaba á Alemania y á Europa conservar. No era de la opinión de esos hombres políticos que aconsejan no hacer esfuerzos para impedir la guerra, porque en todo caso sea inevitable.

Nadie puede comprender los designios de la Providencia. Yo consideraba la guerra, aun siendo victoriosa, como una desgracia que la política debe procurar evitar á los pueblos. No podía, pues, dejar de contar con la posibilidad de que ocurrieran modificaciones en la constitución y política de Francia, modificaciones que hubieran hecho desaparecer la necesidad de una guerra entre dos grandes pueblos vecinos. Toda dilación favorecía esta esperanza.

Por tales razones, guardé silencio acerca de las demandas que se me hacían y que entreteve con negociaciones dilatorias sin hacer ninguna promesa.

Después del fracaso de las negociaciones con el rey de los Países-Bajos para la adquisición del Luxemburgo, Francia me renovó sus proposiciones ampliándolas. Comprendían entonces Bélgica y Alemania del Sur.

Entonces fué cuando se me comunicó el manuscrito del Sr. Benedetti. Que el embajador francés haya podido formular estas proposiciones, escritas por él, entregármelas, debatir repetidas veces y modificar el texto de las que se prestaban á observaciones, sin autorización de su soberano, es tan verosímil como la afirmación hecha en otras circunstancias de que el emperador Napoleón no se había adherido á la demanda de cesión de Maguncia, demanda que me hizo oficialmente el embajador imperial en el mes de Agosto de 1866, bajo amenaza de una guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de deseo de hacer la guerra por parte de Francia, que hemos atravesado desde 1866 á 1869, coinciden bastante bien con la simpatía ó antipatía por las negociaciones que los agentes franceses creían encontrar en mí.

Un personaje de elevada posición que no era extraño á las negociaciones, me hizo entender que caso de ocupación de Bélgica, encontraríamos compensación en otra parte. También se me dió á entender en ocasiones anteriores que en la solución de la cuestión de Oriente, Francia no buscaba compensación en Oriente sino en sus fronteras inmediatas.

Entiendo que si el emperador ha decidido declararnos la guerra es porque se ha convencido de la imposibilidad de llegar con nosotros á un aumento del territorio francés.

También me atrevo á creer que de no publicarse el tratado, Francia, después de determinar los mútuos

armamentos, nos hubiera ofrecido ejecutar las proposiciones que nos hizo anteriormente, tan pronto como hubiéramos contado con un millón de soldados frente á frente de Europa desarmada; es decir, firmar la paz antes ó después de la primera batalla, bajo las bases de las proposiciones del Sr. Benedetti y á costa de Bélgica.

En cuanto al texto de las proposiciones observaré que el proyecto de tratado está enteramente escrito de puño y letra del Sr. Benedetti y en papel de la embajada imperial francesa. Los embajadores y ministros de Austria, Inglaterra, Rusia, Baden, Baviera, Bélgica, Hesse, Italia, Sajonia, Turquía y Wurtemberg, que han visto el original, han reconocido la letra del Sr. Benedetti. Al leerlo por primera vez el Sr. Benedetti renunció á la cláusula final (había una puesta entre paréntesis) cuando le hice observar que dejaba suponer una intervención de Francia en los asuntos interiores de Alemania.

Sin excitación ninguna el Sr. Benedetti hizo en mi presencia una corrección al art. 2.º

El día 24 informé verbalmente á lord Loftus de la existencia del documento en cuestión, y como dudase le invité á que lo viera, lo cual hizo el 27, pudiéndose convencer de que el manuscrito emanaba de su antiguo colega francés.

Si hoy niega el gabinete imperial los esfuerzos con que ha procurado ganarnos sin interrupción desde 1864, por medio de promesas y amenazas, esto se explica fácilmente por la situación política del momento.

Viernes 29 de Julio.—*L'Independance belge*.— Dos días solamente antes de la fecha de esta carta, el fatal telegrama que llegó á París dió el detalle de haberle rehusado la audiencia al embajador francés. Lord Lyon expone así el cambio que se operó inmediatamente en el sentimiento público.

Núm. 60.

Lord Lyons al conde de Grandville (recibido el 16 de Julio).

París 14 de Julio de 1870.

«Milord: En un despacho de ayer comuniqué á vuestra señoría lo expuesto por el conde de Gramont sobre el estado de la cuestión relativa á la aceptación de la corona de España por el príncipe de Hohenzollern y de la renuncia de esta aceptación.

Mi despacho se expidió á la hora de costumbre, á las siete de la tarde. Durante las primeras horas de la noche siguiente, la esperanza de conservar la paz se había aumentado. Sabíase que la renuncia del príncipe Leopoldo á sus pretensiones habíase confirmado, más la que su padre hizo en su nombre, y que el gobierno español había declarado formalmente al francés que había terminado lo de la candidatura prusiana. El lenguaje de los más influyentes miembros del gabinete era más pacífico, y se miraba como posible que cualquier noticia conciliadora que llegase de Prusia permitiera al gobierno dar por concluido el asunto.

Pero al amanecer todo había cambiado: un telegrama recibido del encargado de negocios franceses en Berlín anunciaba que había aparecido un artículo en el órgano oficial prusiano, la *Gaceta de la Alemania del Norte*, protestando de que el embajador de Francia había requerido al rey para que prometiese que jamás un Hohenzollern se presentaría candidato al trono de España, y que S. M., por consiguiente, había rehusado recibir al embajador francés, haciéndole comunicar por uno de sus ayudantes que nada tenía ya que comunicarle.

La noticia de la llegada de este artículo cambió por completo en el espíritu del gobierno francés, la manera de tratar de frente el estado de la cuestión. El emperador, que se hallaba en Saint-Cloud, llegó á París y tuvo un Consejo en las Tullerías. Se dió por cierto que el gobierno llevaría á las Cámaras una declaración de guerra á la Prusia instantáneamente.

En tal estado, hice todas las gestiones imaginables para ver al duque de Gramont, pero no pude conseguirlo; no obstante, un mensaje apremiante por conducto de su jefe de gabinete, pidiéndole, en nombre del gobierno de la reina, que no se precipitase en medidas extremas, y en todo caso, que no impeliere al gobierno á una prematura declaración en las Cámaras.

Hicele presente que se obraría con más prudencia y al mismo tiempo sería más digno esperar para dirigirse á las Cámaras, al menos hasta el momento decidido antes, es decir, hasta el día siguiente.

Sin embargo, á pesar de que la noticia de la aparición del artículo de la *Gaceta alemana del Norte*, no se hubiese extendido á la generalidad, la excitación pública era tanta, hervía tal irritación en el ejército, que ya se hizo dudoso pudiese el gobierno detener el grito de guerra.

Estaba en nuestra conciencia que el momento en que el artículo prusiano se insertara en los periódicos de París, sería muy difícil reprimir la cólera de la población.

Así se creía en general, que el gobierno se vería obligado á apaciguar la impaciencia pública, declarando oficialmente su intención de exigir venganza de la conducta de la Prusia.

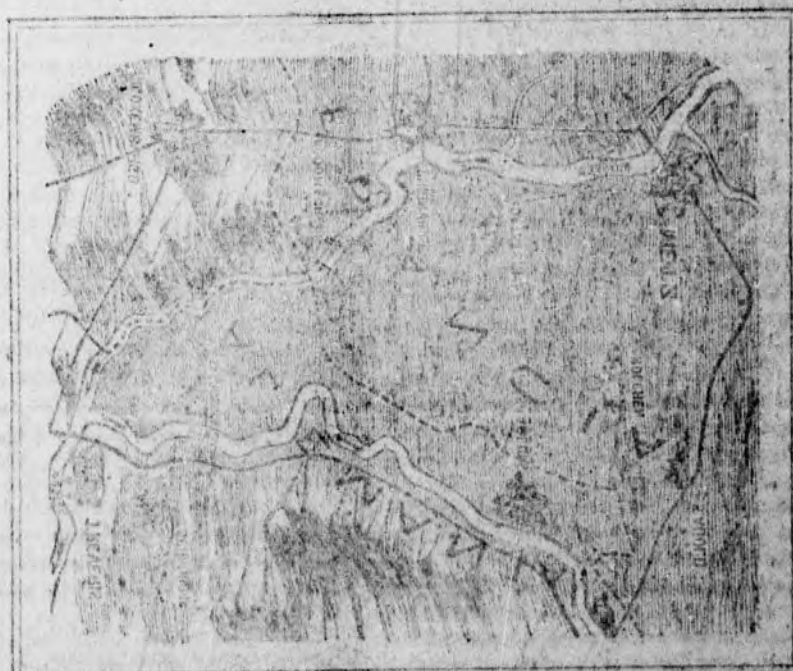
Las sesiones del Cuerpo legislativo y las del Senado han tenido lugar sin embargo, sin que se hiciese ninguna comunicación. Así, pues, el gobierno no ha tomado todavía ninguna resolución irreparable.

Por lo tanto, yo no puedo cargar con la responsabilidad de dar á V. S. esperanza alguna de que pueda evitarse la guerra.—Continuaré haciendo cuanto

## CAMPAMENTO FRANCO-PRUSIANO.

Los franceses tienen en estos momentos sus principales fuerzas—más de 300,000 hombres—agrupados en los límites de la provincia Rhenana y del Palatinado, desde Sierch hasta Sauterbourg, pasando por Saint-Avold, Forbach, Sarreguemines, Bitsche y Wissembourg. Las plazas fuertes que tienen á retaguardia son las de Thionville, Metz, Phalsbourg y Sierch.

Desde Metz—su capital general—parten dos líneas férreas, dirigiéndose una hacia el Norte, al gran duque de Luxemburgo y la otra hacia el Este á Saint-Avold. Al llegar á Forbach, esta última situada en los límites del territorio imperial, corre á lo largo de la frontera hasta Bitsche, y baja luego hasta Haguenau, en donde empalma con la gran línea de Basilea, Strasbourg á Wissembourg. Hay además una tercera línea férrea que va de



Saar que pone en comunicación a Tréveris con Dens-Ponts, se bifurca extendiendo un ramal del Nale a Bingen, y el otro por Kaiserslautern y Neustadt a Ludwigs-hafen delante de Mannheim. Ludwigs-hafen y Bingen se comunican por medio de vías férreas con Maguncia y Coblenza.

De una y otra parte presentan estas posiciones temblorosas dificultades a cualquiera de los dos ejércitos que tome la ofensiva. El terreno, sobre todo en el Palatinado, es accidentado y abrupto y está cubierto por numerosos y estrechos valles. Las masas en este terreno encuentran muchas dificultades para ejecutar sus maniobras.

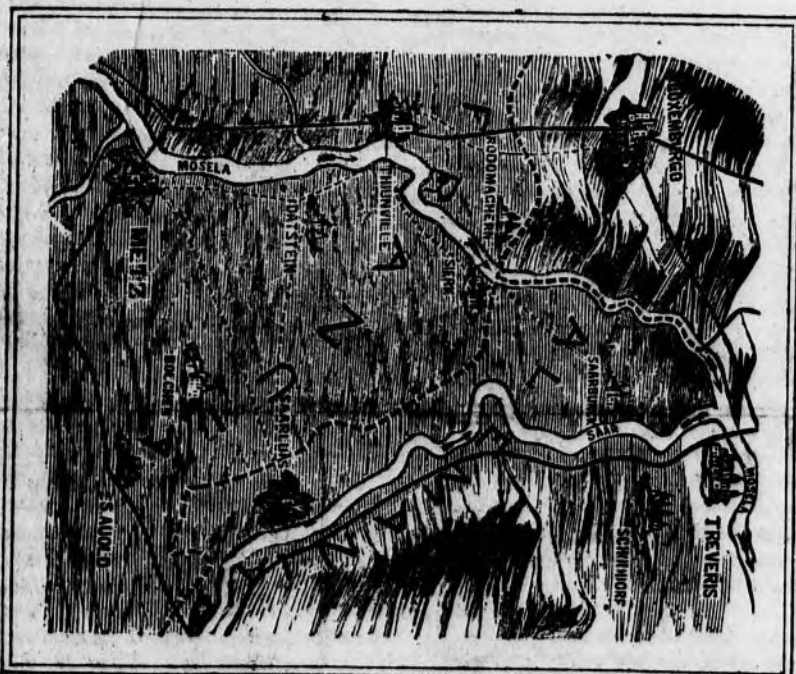
No conocemos las fuerzas que los alemanes pueden haber reunido hasta el presente entre el Saar y el Rhin; sus periódicos han guardado sobre este particular un pectico silencio. Los telegramas que nos dan noticias de los encuentros que han tenido lugar, parecen indicar que sus fuerzas en la frontera son muy considerables, pero están bien probable que con sus incursiones al territorio enemigo, hubiesen querido ocultar su debilidad y el desecuentamiento de encontrarse demasiado lejos de sus bases de operaciones. La distancia que media entre el Saar y el Rhin es de 20 leguas a lo menos, mientras que Metz, Phalsbourg y Strasbourg, están situados a una distancia de 10 leguas de la frontera.

La distancia que media entre el Saar y el Rhin es de 20 leguas a lo menos, mientras que Metz, Phalsbourg y Strasbourg, están situados a una distancia de 10 leguas de la frontera.

una tercera parte de esta distancia de la frontera enemiga. El modo como están escalonados los cuerpos franceses parece indicar que quieren intentar esta expedición; pero repitiendo la maniobra que cuando la guerra de Italia llevó en una noche al ejército franco-sardo desde Alejandria a Magenta, podrían también lanzarse inopinadamente por Strassburgo al gran ducado de Baden. En este caso tendrían que penetrar por la Selva Negra en Wurtemberg. El valle del Neckar les conduciría hacia el Main y les procuraría el medio de evitar el paso por delante de Maguncia; á bien que con esto se expondrían a ser oñidos por las fuerzas bávaras concentradas en Ulm.

Nuestros razonamientos están fundados sobre la hipótesis de que sean los franceses los que ataquen primero, porque parece que son los que tienen más elementos para tomar la iniciativa de la campaña. Pero si los alemanes se ponen antes en movimiento, no encontrarán menores dificultades. Pasado el Rhin más abajo de Strassburgo, se ven obligados a entrar en los desfiladeros de los Vosges, alejándose demasiado de su cuerpo principal. No les queda, pues, otro medio que el de abrirse paso por el Norte, y allí se encuentran con todo el ejército francés, admitiendo concastrado.

La distancia que media entre el Saar y el Rhin es de 20 leguas a lo menos, mientras que Metz, Phalsbourg y Strasbourg, están situados a una distancia de 10 leguas de la frontera.



pueda en nombre del gobierno de la reina para evitar esta gran catástrofe.

Pero debe comunicarnos que existen los más graves motivos para que temer una declaración equivalente a una declaración de guerra, no se haga mañana en las Cámaras. —Tengo el honor etc. Lyons.

Al día siguiente, M. Olivier leyó al Cuerpo legislativo una exposición equivalente a una declaración de guerra, y poco después nuestro embajador tuvo una entrevista con el conde de Gramont, de que dió cuenta como sigue:

Núm. 63.

Lord Lyons al conde de Grandville, (recibido el 16.)

París 15 de Julio de 1870.

Milord: Después del anuncio hecho a las Cámaras en las primeras horas de la tarde, el gobierno se prepara a una guerra contra Prusia; he tenido una entrevista con el duque de Gramont.

S. R. me ha hablado, acto continuo, de los tres memorandos que dejó para él en manos de su jefe de gabinete ayer tarde, y cuya copia está inserta en un primer despacho de hoy.

En respuesta al núm. 1, me ha encargado expresamente al gobierno de la reina el agradecimiento del emperador por los nobles esfuerzos que ha hecho á fin de conducir la cuestión prusiana a una solución satisfactoria.

Los buenos oficios del gobierno de la reina han quedado sin efecto, á consecuencia de los primeros actos del gobierno prusiano; aquel gobierno con propósito determinado, ha insultado á Francia, declarando públicamente que el rey había afrentado al embajador francés. El gobierno prusiano tenía evidentemente la intención de honrarse á la vista del pueblo alemán, por haber usado de un proceder altivo y descortés tratando de humillar á la Francia.

No solamente esta declaración tan ofensiva para Francia había sido publicada por el gobierno en su periódico, sino que había sido comunicada oficialmente por telégrafo á los agentes prusianos de toda Europa.

Hasta la negociación había tenido lugar en particular. En razón á circunstancias especiales del incidente, tuvo lugar directamente con el rey de Prusia. El ministro prusiano de Negocios extranjeros, conde de Bismark, había permanecido en el campo. Era, pues, imposible verle: el ministro efectivo M. de Thile, protestó que nada conocía del asunto, que consideraba ajeno al gobierno, y privativo de la persona del monarca.

(Se continuará.)

#### PLAN DE CAMPAÑA.

El plan de campaña que probablemente se proponen los generales franceses después de la escaramuza de Saarbrück, de que nos ha dado cuenta el telégrafo, consiste en apoderarse de Iweibruken y Pirmasens con el fin de tratar de abrirse camino hacia Neuenkirchen y desde allí siguiendo las dos líneas de ferrocarril que empalman en este punto, una viniendo de Bingen por San Wendel, Birkenfeld y Wreutznach y la otra pasando por Hamburgo, Kaiserlautern, y Neustadt en dirección al Rhin (á Spira, á Wormis), á Lungrshafen enfrente de Mannheim.

Se cree que los prusianos, comprendiendo la ventaja que los franceses tienen en estos puntos por su proximidad á Metz y Strassburgo, base de las operaciones, no tenían intención de ofrecer gran resistencia al paso de su enemigo. Esta suposición se funda en el desistimiento de dirigirse á Tréveris, que es el único punto de la frontera que no tiene comunicaciones directas con el Rhin.

Pero los prusianos, aunque tienen su fuerza concentrada en el Rhin, se mantienen todavía firmes en sus avanzadas del Saar.

Si los franceses adoptan el plan que suponemos y los prusianos están resueltos á retirarse á su segunda línea del Rhin, entre Maguncia y Coblenza, los franceses tendrían que luchar con grandes dificultades para ir avanzando. El terreno entre el Mosela y el Rhin por muy encantador que lo encuentre el turista, no es nada á propósito para las operaciones militares en la escala que los tiempos modernos exigen. Colinas cubiertas de bosques, profundos torrentes, rocas escarpadas coronadas de castillos ruinosos, embellecen y cambian el paisaje á cada paso, mientras que las lomas menos elevadas y los valles cubiertos de viñas cerradas por paredes, obstruyen completamente el paso á un ejército que apenas puede seguir otro camino que el de la carretera. Un ejército como el francés vence estos obstáculos; pero los prusianos podrán mortificarle mucho y aun retardar considerablemente su marcha, causando grandes bajas.

Estas circunstancias pueden haber contribuido á que la guerra hasta ahora se ha visto reducida á meras escaramuzas.

#### BOLETIN TELEGRAFICO.

Florenia 1.º.—El estado mayor del ejército francés de ocupación en Roma, se despidió del Papa.

Quedan ya muy pocas fuerzas francesas en territorio pontificio.

París 2.º.—A última hora se cotizan en la Bolsa 3 por 100 francés á 66-50.

4 1/2 por 100 id. á 97-75.

3 por 100 español exterior, á 23 1/2.

3 por 100 id. interior, á 21.

3 por 100 exterior id. 1869, á 23 3/4.

3 por 100 id. id. 1867, á 24-1/8.

Londres 2.º.—Consolidados ingleses de 5/8 á 3/4.

(NOTA.) No se ha recibido aun la versión precisa sobre el combate de ayer.

OTRA. El despacho de Bolsa de París y Londres de esta mañana, debe tener la fecha de 1.º en la de la del 2.

Bruselas 3 Agosto.—Ya se conoce el resultado de las elecciones para el Senado y la Cámara de representantes.

35 senadores pertenecen al partido católico.

74 diputados pertenecen al partido católico.

37 al liberal.

París 3.º.—A primera hora en la Bolsa, se cotiza el 3 0/0 francés, á 66-55.

No hay operaciones en valores españoles.

#### DETALLES SOBRE LA ACCION DE AYER.

París 3.º.—Once muertos, entre los cuales oficial.

Únicamente la división Frossard tomó parte en la acción. El enemigo componíase de tres divisiones.

Una parte de la población de Saarbrück se incendió.

Las ametralladoras han producido un efecto extraordinario.

Los franceses ocupan las alturas de Saarbrück desde donde dominan el camino de hierro a Tréveris.

Asegúrase que 250.000 prusianos se hallan entre Sarrelouis y Saarbrück.

París 3 (por la noche).—Según las últimas noticias, siendo Saarbrück una población abierta no ha sido ocupada por las tropas francesas.

Los prusianos se retiran hacia las alturas más allá de Saarbrück.

En el combate de ayer las ametralladoras produjeron grandes bajas en un destacamento prusiano que se hallaba á una distancia de 1.600 metros.

Londres 2 (por el cable, recibido con gran retraso).—Un telegrama de Florenia anuncia que existe un acuerdo entre Austria é Italia para una acción común conservando la neutralidad y por una mediación ulterior.

Inglaterra ha rehusado tomar compromiso alguno.

El duque de Cadove llegó el domingo á Copenhague celebrando una larga conferencia con el ministro de Negocios exteriores.

Alejandria 2.º.—Ha llegado el Virey.

París 3 (por la noche).—No se ha recibido noticia de ningún hecho de armas.

Espéranse importantes acontecimientos de teatro de la guerra.

París 3.º.—A las tres de la tarde se hacían en Bolsa:

3 por 100 francés á 66-50.

3 por 100 interior español á 21 1/4.

3 por 100 exterior id. 1867 á 24 1/4.

3 por 100 id. id. 1869, á 23 5/16.

Londres 3.º.—Consolidados ingleses á 88 7/8.

Barcelona 3.º.—Consolidado á 22,95.

Bonos á 64,90.

Subvenciones 45,10.

Londres 2 (por la tarde, recibido por el cable a una y 28 de la madrugada del 4).—Según las últimas noticias de la guerra, ayer lunes hubo un pequeño encuentro en Sturzbrum, resultando algunos heridos.

La escuadra francesa ha pasado hoy delante de Frederikshaon, Jutlandia, dirigiéndose hacia el Sur.

Tarifa 3 (á las 3 y 33 de la tarde).—Acaba de embocar la escuadra española.

París 4 de Agosto.—El último parte del general Lebeuf, fechado ayer á las tres de la tarde, dice que las tropas francesas están acampadas en las alturas de Saarbrück, que fueron tomadas el martes.

El diario oficial publica un despacho de M. de Gramont contestando á la circular de M. de Bismark. En ella cita nuevos hechos que demuestran que M. de Bismark no ha cesado de aconsejar á Francia la anexión de la Bélgica.

Tolon 3.º.—El asta de la bandera del vicecomandante de España, que fué arrancada en un alboroto popular, ha sido repuesta hoy, presenciando el acto los delegados del ministro de Negocios extranjeros y los del embajador de España.

París 3.º.—En la Bolsa se cotizan á última hora:

El 3 por 100 francés, á 66-55.

4 1/2 por 100 id. á 97-75.

El 3 por 100 español interior, á 21 3/8.

El 3 por 100 id. exterior, á 24.

El 3 por 100 id. id., 1869, á 23 3/4.

3 por 100 id. exterior, 1867, 24 1/2.

3 por 100 id. id., 1869, á 23 1/8.

Londres 3.º.—Consolidados ingleses, de 88 3/4 á 7/8.

MADRID:—1870.

IMP. Á CARGO DE FERNANDO CAO VIDAL.

Castellanos, 5.